

Morir y matar en Madrid

Por Luis Sepúlveda *

Venid a ver la sangre por las calles de Madrid. Eran mujeres, hombres, niños, ancianos, la simple y pura humanidad que comenzaba un día más, un día de trabajo, de sueños, de esperanzas, sin saber que la voluntad asesina de unos miserables había decidido que fuera el último.

Venid a ver la sangre por las calles de Madrid, esa ciudad amada a la que llegan todos y todos son bienvenidos. Venid a ver los apuntes, los libros, las herramientas esparcidas entre los restos de la masacre. Venid a ver un día muerto y el dolor de una sociedad que ha clamado mil veces por su derecho de vivir en paz.

Escribo estas líneas mientras escucho los informativos y sólo puedo pensar en la tristeza de las aulas, en la tristeza de las mesas, de los hogares a los que ya no regresarán esos cientos de ciudadanas y ciudadanos, de hermanas y hermanos cuyas vidas fueron segadas en un miserable acto de odio, porque el único afán del terrorismo es el odio a la humanidad, porque no hay causa que pueda justificar el asesinato colectivo, porque no existe idea que avale un genocidio, porque no existe justificación alguna frente a la barbarie.

Venid a ver la sangre por las calles de Madrid, asesinos, y comprobad que si bien es cierto que nos habéis sumido en el dolor, también lo es que con este crimen incalificable una vez más no habéis conseguido nada. El valor de los madrileños que de inmediato se volcaron a socorrer a los heridos, a donar sangre, a facilitar el trabajo de las fuerzas de seguridad y salvamento, fue la inmediata respuesta moral de una ciudad fraterna, de una ciudadanía responsable y solidaria.

Mientras escribo estas líneas sé que los asesinos están en sus guaridas, en sus últimos nauseabundos escondites porque no habrá lugar sobre o bajo la tierra donde puedan ocultarse y escapar al castigo de una sociedad herida. Sé que miran la televisión, escuchan la radio, leerán la prensa para medir los alcances de su cobardía, el infame balance de un acto que repugna y sólo ha encontrado la condena de toda la humanidad.

Venid a ver la sangre por las calles de Madrid, venid a ver un día inconcluso, venid a ver el dolor que desconcierta, a sentir cómo el aire de un invierno en retirada lleva el ¿por qué? por los amorosos parques, fábricas, museos, universidades y calles de una ciudad cuya única forma de ser es y será siempre la hospitalidad.

Asesinos; vuestra zarpa de odio nos ha causado una herida que no cicatrizará jamás, pero somos más fuertes que vosotros, somos mejores que vosotros, y el horror no interrumpirá ni doblegará esa normalidad cívica, ciudadana, democrática, que es nuestro más preciado bien y el mejor de nuestros derechos.

Venid a ver la sangre por las calles de Madrid y la fuerza de los madrileños. El dolor y la indignación nos une y nos hace más fuertes, el cariño y la solidaridad con las familias de las víctimas es justamente lo que nos diferencia de los asesinos.

Venid a ver la sangre por las calles de Madrid hoy que es 11 Marzo, el día del dolor y del abrazo, el día en que los fanáticos de lo injustificable atentaron por última vez, pero también el día en que la barbarie firmó su propia condena definitiva. Con todo el peso de la Ley y la Razón: ¡A por ellos!

** Escritor chileno y adherente de ATTAC. De* Il Manifesto*, de Roma.*

El silencio de los inocentes

Por Leonardo Moledo

Por alguna razón misteriosa, ése era el peor momento. No después de la cena, en ese pequeño respiro de satisfacción que parece contingente, pero que en verdad es todo lo que contiene la vida. No. El asunto era ahora, aunque anoche había sido particularmente difícil, y se desvió para no pasar por el café. Como todos los días desde hacía tres semanas, evitaba entrar al café, porque aquella vez José se burló de él, y agitaba los cigarrillos delante de sus narices, invitándolo. José, en realidad despreciaba su esfuerzo titánico por no fumar, y su puntual asistencia al grupo de autoayuda, y sus relatos reiterados sobre el esfuerzo, y el esfuerzo de sus relatos, y el monotema, y la descripción, minuto a minuto de su relación de décadas con el tabaco; cómo se había ido preparando, bajando de a poco, y cómo Manuel, del grupo, había recaído, y cómo Silvana se mantenía, como él, firme. José se reía de que sus comentarios sobre Silvana –de apenas veinticinco años– se limitaran a lo que fumaba o no fumaba. Pero en el fondo era envidia, creía él, ya que todos estaban dejando de fumar a su alrededor. Su mujer ya lo había hecho hacía dos años y Arturo, el mayor, que antes fumaba a escondidas, lo consideraba una cosa superada, algo del pasado, un tanto ridículo si se tiene en cuenta que tenía la edad de Silvana. ¿Qué clase de pasado se puede tener a los veinticinco años? Sonrió, y volvieron las ganas, punzantes, irresistibles. Nunca había pensado que iba a ser para tanto.

No fumar, no fumar, pensaba obsesivamente mientras apretaba el paso, pero conservando el ritmo para no llegar demasiado temprano y no tener que esperar y tentarse y comprar un cigarrillo suelto. En las dos últimas semanas, no podía hablar ni concentrase en otra cosa, siguiendo las indicaciones del curso de autoayuda; tantos caían, como Miguel, o Rosa, en la primera semana, y él, bueno, la verdad es que una vez se llevó un cigarrillo a los labios, y estaba por encenderlo, ansiando que ese placer inmenso lo inundara como una ola, cuando retiró la mano, y si no lo hubiera hecho, ahora estaría fumando y fumando.

Trató de pensar en los caños, en el trabajo del día, en que la pared le daba trabajo, quién sabe qué habían metido allí a dentro, lo cierto en que entre tres no podían llegar hasta el caño, una pitada apenas, hasta el caño desde donde la mancha de humedad se extendía y esa tía, esa mujer que los miraba con aire de "¿vieron? Yo decía. Para hacer, tienes que saber". Una pitada, una pitada solamente.

Una pitada, solamente, se le nubló la vista, y perdió el control. Quería seguir, pero no respondía a sí mismo. Retrocedió, volvió sobre sus pasos entró al café, y lo buscó a José, pero José no estaba. No había nadie fumando, el cáncer y todo eso, pero ya no era su cerebro, era todo el cuerpo, que vibraba pidiendo nicotina, dicen que el rapé, pero dónde se consigue rapé.

Una pitada y nada más. Sobre la barra había unos Marlboro, interrogó al Joaquín, el camarero, sacó un cigarrillo, y ahí se detuvo. Tuvo un arranque de voluntad y salió velozmente del café, pero todavía tenía el cigarrillo entre los dedos, lo dejó caer y lo pisó, ¿iría a llover? Los caños, los caños, esa mancha maldita contra la que hacía ya tres días estaban luchando.

Subió, se alejó de los fumadores, aunque aspiró la nube de humo que ellos dejaban, y le produjo un saludable bienestar; últimamente detectaba a alguien fumando aunque estuviera a cien metros, en el otro extremo del tren. Todo empezó a moverse ahí afuera, primero despacio, luego a un ritmo acompasado, y veía pasar las casas, pero no podía verlas, sólo pensaba en un cigarrillo, lo sentía como una necesidad de su cuerpo demandando nicotina. Y entonces vio una colilla en el suelo del vagón.

Una pitada. Tan sólo una pitada. Arturo, Lucía, Pilar. ¿Cómo lo habría logrado Pilar? Los caños, la colilla. La colilla. Y entonces supo perfectamente, con una certeza que iba más allá de su voluntad, y de su deseo, de la voluntad de todos, de todo lo que ocurriera en el mundo, que esta vez no iba a resistir. Tan solo una pitada. Levantó la colilla y la acercó a los labios, sacó los fósforos, ¿por qué llevaba siempre fósforos encima? Raspó el fósforo, que no se encendió: ¿qué habían dicho en el curso para situaciones como ésta? Resiste treinta segundos, coño, y luego resiste treinta segundos más, y la ola de la necesidad pasa. Miró el reloj. Diez segundos, veinte, el brazo alejó el cigarrillo; la punzada de la abstinencia comenzó a ceder; se concentró en el reloj, en cualquier cosa, los caños, la humedad, las casas que pasaban, las elecciones del domingo, alejó el cigarrillo, pero no lo dejó caer, treinta y nueve segundos, cuarenta, disminuía, disminuía, repitió en voz alta la frase que le enseñaron en el grupo: "nunca más, nunca más ¿vale?", cinco segundos y ya está.

Y en ese momento todo voló por los aires. Un trozo de hierro hizo impacto en su pecho, lo desgarró y derramó las vísceras, lo traspasó y lo tumbó sobre el piso, mezclándose con vísceras ajenas, mientras el borde de una manija le arrancaba una mano y un pedazo afilado de vidrio se incrustaba en su cabeza y una fracción de segundo antes de dejar de existir, junto a muchos otros cuerpos destrozados, alcanzó a pensar algo que se perdió para siempre.

POSTALES DE LA NUEVA TRANSICION ESPAÑOLA

El efecto Z y las intoxicaciones de los otros

Por Rodrigo Fresán
Desde España

Hace una semana que el mantra de campaña y expresión de deseo ZP (Zapatero Presidente) mutó a acontecimiento histórico y acto consumado PZ (Presidente Zapatero). Y aun así, cierto aire de onírica irrealidad todavía sobrevuela esta España que –súbitamente y contra casi todo pronóstico– ha cambiado de signo y de humor. Todo español con el que uno se encuentra manifiesta el síntoma y el desconcierto y te dice cosas como: "Han pasado demasiadas cosas en demasiado poco tiempo: el último tramo de la campaña electoral; las encuestas que decían que el PP no tendría mayoría absoluta y que el PSOE iba subiendo posiciones sin prisa ni pausa; las bombas en los trenes; ETA convirtiéndose en Al-Qaida; la manipulación informática del Ministerio del Interior; las marchas multimillonarias; la victoria de Zapatero... Es mucho para tan pocos días y se tiene la impresión de que nada ha tenido tiempo para desarrollarse en su justa mediada. Es como si vieras varias películas en la misma pantalla del mismo cine, todas juntas".

Así espanto, sorpresa, ilusión, desconcierto: todo junto ahora ante el panorama de un nuevo futuro surgiendo sin aviso de un pasado que se pensaba atornillado al presente. Así, demasiados hechos para asimilar y los diarios y los noticieros no son de mucha ayuda pero ahí están y se han visto obligados a un curioso ejercicio revisionista y sintetizante de la historia recientísima para que el lector o el espectador –agobiados por una sobredosis de efectos especiales y afectos más especiales todavía– pueda más o menos saber en dónde está parado y se olvide un poco de que hace tanto que no le mueven tanto el piso, porque el piso sigue moviéndose. Mucho.

El efecto Z

La primera sorpresa –para unos golpe bajo, para otros golpe de efecto, para algunos milagro– ha sido la súbita materialización de José Luis Rodríguez Zapatero como vencedor de los comicios e inminente –se calcula que para finales de abril– presidente de gobierno. Todo estaba preparado para que Rajoy ganara y pactara y, sí, un Zapatero más curtido –si se las arreglaba para flotar sin hundirse– fuera presidente de aquí a cuatro años. Pero las bombas adelantaron el programa y no fue –como dijo el PP, de un modo apenas velado, que los votantes españoles hayan votado sin saber lo que hacían, anteponiendo los últimos tres días a los últimos ocho años– que los estallidos cambiaran el rumbo, pero sí sacaron de la abulia a ese votante que, llegado el día de las decisiones, elige no elegir. Paradójicamente, esta masa de fiacas electorales –que fue la que en 1996 llevó a Aznar a La Moncloa con una victoria apretadísima sobre González– está compuesta por españoles progresistas. Y, sí, paradoja de paradojas: el PP cuenta con que los socialistas más progres no cuenten en las urnas, no vayan, les despejen el camino y se queden en casa leyendo o escuchando música o mirando el techo. O durmiendo (no olvidar que ZZZZZZZ es el sonido que emiten los personajes de las historietas cuando sueñan dulces sueños agrios). Esa era su arma secreta y su as en la manga. No funcionó esta vez: el estrépito de varios trenes volando por los aires despiertan hasta los zombies. Y no es tanto que el PSOE le haya arrebatado demasiados votos al PP –que en cualquier caso reunió más de 9.000.000 de votos– sino que unos cuantos cientos de miles con los oídos todavía zumbándoles decidieron que era hora de ver cómo era eso de doblar una papeleta y meterla adentro de un sobre y de ahí a la urna. Súmense unos 2.000.000 de flamantes votantes vírgenes incorporándose al padrón con ganas de debutar y de emociones fuertes y novedosas y los resultados están servidos y Zapatero a tus zapatos.

Más jovenes que los Stones

Y ahí está este hombre de 43 años dispuesto a tomar la sartén por el mango y a que la tortilla se vuelva. Es joven como suelen serlo los mandatarios ibéricos. "Presidentes más jóvenes que los Stones", suena y dice aquella canción de World Party. Y Zapatero es mucho más joven que Mick Jagger y está, de entrada, marcado a fuego por el Efecto K, por el otro Efecto K: ese inmortal Fantasma Kennedy que aparece en el momento justo para patear el tablero, cambiar las reglas del juego y reiniciar la partida.

De entrada –para una población con un exagerado volumen de ancianos; España es el país con menos jóvenes y con menor tasa de natalidad en Europa– ese éste el primer pero que le ponen los muchos que lo consideran un poco tiernito para el cargo. La otra contra es que muchos otros –tal vez confundidos después de años por la belicosa crispación de Aznar– lo consideran un poco demasiado calmo y conciliador. Preocupa la posibilidad de que el teórico Efecto Z sea, a la hora de la práctica, el Defecto Z. No en vano la revista dominical de El País tituló –a la hora de su perfil total un par de semanas antes de las elecciones– "El socialista tranquilo" jugando un poco con aquella novela de Graham Greene, con aquella película de John Ford, donde hombres aparentemente dóciles escondían un tigre en su tanque. (A la hora del candidato del PP, El País tituló "El enigma Rajoy" y ahora, claro, el enigma permanecerá hasta la próxima.)

Y lo cierto es que Zapatero tenía mucho que probar en sus primeros días; porque buena parte de los españoles lo habían asimilado como un "rostro amable y sonriente"; un lírico obsesionado con El Quijote como figura insignia de los españoles (no olvidar que Quijano es, finalmente, un alucinado fuera de toda realidad); y forma de una oposición a Aznar que, si bien había ido creciendo en efectividad en los debates parlamentarios, se veía constantemente desarmada por la blindada mayoría y unidad absoluta del PP detrás de su caudillo y por demasiadas crisis en las tripas del PSOE en demasiado poco tiempo.

En el espejo

En cualquier caso, ahí está Zapatero y está claro que se impuso dejar las cosas claras desde el vamos con la exigencia al gobierno saliente de que lo consulte para todas las decisiones importante; el anuncio de que el Ministerio del Interior pasará a llamarse "de Seguridad" y tendrá mayores competencias; la creación de un Ministerio de la Vivienda (uno de los grandes problemas españoles, el sueño de la casa propia es la más irrealizable de las pesadillas, los precios son inhumanos); y, claro, la tan mentada promesa de la retirada de las tropas de Irak. Algunos, ya lo acusan por ese matiz –en cualquier caso aclarado durante la campaña pero ahora insuficiente luego de lo sucedido– del "nuestros soldados volverán a no ser que queden bajo el mando de la ONU". Un periódico local contó que, cuando el lunes pasado Zapatero fue a visitar a los heridos por las bombas, un soldado lo tomó del brazo y le dijo "No quiero ir". "No te preocupes, no irás", fue la respuesta de Zapatero. Kofi Annan le pidió que se quede y John Kerry le pidió que no se vaya y –a un año del comienzo de las hostilidades contra Saddam– se discutió en editoriales de medio planeta si las elecciones de España las había ganado el PSOE o Al-Qaida. Mientras tanto, con la mortal puntualidad de las malas noticias, el martes nació el muerto 201 de los trenes de Madrid; otro pedazo de Bagdad quedó reducido a escombros; Inglaterra e Italia (Berlusconi insiste en que las bombas madrileñas las puso ETA) tiemblan pensando en cuánto menos faltapara que Osama bin Laden les pase factura; mientras que –como si volviera a ser 1999, como si acá no hubiera pasado nada– otra vez volvió a arder Kosovo.

El horror elegía otros lugares para pasear pero Madrid todavía experimentaba las réplicas del sismo. Siete días después de los Big Bangs, la estación madrileña de Atocha era una catedral desbordada de flores y velas y mensajes y fotos. Uno de ellos –acaso el más ingenioso– era un espejo apoyado contra una pared con un cartel donde se leía: "El próximo puedes ser tú".

Intoxicaciones

Mientras tanto, ruido blanco, estática, acoples, poluciones diversas.

El PP se repliega como puede y se dispone a la retirada. Algunos siguen insistiendo en aquello de las "intoxicaciones" culpables del vuelco electoral y otros desclasifican documentos de inteligencia para "salvar el honor y el prestigio" del gobierno y demostrar que no se manipuló la información del 11-M (lo que no impidió que los corresponsales extranjeros en Madrid asentaran una queja por presiones para que repitieran una y otra vez, como bebés, ETA ETA ETA en lugar de... AQUELLA).

El martes pasado los partidarios del PP se juntaron frente a la sede madrileña para saludar a los héroes caídos: Rajoy admitió errores y salió al balcón y Aznar admitió errores y –desaparecido de los lugares que solía frecuentar desde hace días– fue reemplazado por una foto que un anónimo sostenía a la altura de su rostro produciendo un curioso efecto óptico. Hubo alguna escaramuza con gente del PSOE que pasaba por ahí y volvieron a estallar pequeños combates dialécticos a huevazos y monedazos el jueves por la noche en la première madrileña de La mala educación, el nuevo film de Pedro Almodóvar.

Ocurre que las afirmaciones –un tanto apocalípticas, hay que admitirlo– del director de cine en cuanto a que en algún momento temió una intentona golpista que demoraría las elecciones cayeron muy mal. El PP anunció que ya mismo preparaba querella y Almodóvar acabó viéndose obligado a disculparse frente "a todo el mundo a quien haya podido molestar con mis declaraciones" y en especial a "los votantes del PP que creen tanto como yo en la convivencia democrática". No fue suficiente, parece. "Vosotros artistas, sois los terroristas", aullaban frente al cine de la Gran Vía las fervientes juventudes del PP enarbolando pancartas que pedían "Cárcel para Almodóvar". Y mañana serán líderes. Pase lo que pase, La mala educación tiene el éxito asegurado con su perfecta mezcla de nostalgias de la Movida, crítica a las costumbres más podridas de la España profunda y superficial, ataques certeros contra la Iglesia más perversa, y es ya saludada como la obra más completa y profunda del español más famoso en el mundo entero. Después de Aznar, por supuesto.

Los otros

Pero –más allá de todos estos disturbios casi anecdóticos– el problema más inmediato al que ahora se enfrenta España no tiene título de película de Pedro Almodóvar sino de film de Alejandro Amenábar. El hecho de que los autores intelectuales y materiales de los atentados del 11-M hayan sido gente de Marruecos –país con el que las relaciones diplomáticas han venido siendo dificultosas en gran parte por torpezas tristemente desopilantes del PP– vuelve a sacar a flor de piel asuntos históricamente espinosos entre unos y otros, entre los de aquí y los del otro lado del estrecho. Más allá de la memoria centenaria de los árabes expulsados por los Reyes Católicos, del constante flujo de ilegales y ahogados naufragando en endebles "pateras", de los estallidos sociales hace cuatroaños cuando trabajadores con jornales de esclavos incendiaron las noches de El Ejido; lo que aquí y ahora importa es que buena parte de la célula terrorista que plantó las bombas en los trenes era la misma que en Casablanca –en mayo del año pasado– mató a 49 personas en hoteles y centros españoles. Y que lo que ocurrió el jueves 11 de marzo ya había sido profetizado al juez Baltasar Garzón meses atrás por un prisionero de nombre Ali Amrous quien le aseguró que Atocha y la Gran Vía "se llenarían de cadáveres".

En los últimos días, el barrio madrileño y multiétnico de Lavapiés fue sujeto a masivas redadas, la gente de a pie mira con mala cara a todo aquel que tenga pinta de decir "Alabado sea Allah" y no "Bendito sea Dios", y las organizaciones preocupadas por el control de brotes racistas así como el alcalde de la ciudad se han puesto en estado de alerta reuniéndose con líderes islámicos y el Ministerio del Interior ordenó protección especial para todas las mezquitas de España durante los rezos del pasado viernes. La "paliza al moro" suele ser un frecuente hobby patrio de los skinheads a la hora de discotecas y fiestas y se teme que se convierta en deporte más o menos popular. Por el momento –se espera que esto baje la presión de la olla– ya fue hecho pública la intención de Al-Qaida de decretar "una tregua hasta que conozcamos las tendencias del nuevo gobierno, que ha prometido la retirada del ejército español de Irak". Todo parece indicar que los hombres y mujeres de bien de por aquí prefieren este tipo de mensaje a los emitidos por Annan & Kerry a la hora de no interrumpir el tan exitoso "proceso de reconstrucción" de Irak.

Premio consuelo

Los otros –también– son todos los que aquí llegaron de todas las otras partes del mundo. Más de mil de ellos se han presentado –en una oficina– express especialmente establecida para el asunto– a reclamar su nacionalidad y su residencia: ese premio consuelo por haber tenido la suerte de viajar en tren y haber vivido para contarlo o porque alguno de los suyos no haya llegado al final de ese maldito viaje. Pero está claro que no son más que la punta del iceberg y que otro de los desafíos de Zapatero será las correcciones que haga a la tantas veces corregida Ley de Inmigración para convertirla en algo comprensible, funcional y humano. Por televisión, uno de los ahora agraciados con papeles reflexionaba en voz alta acerca de "la vergüenza que me da conseguir papeles para trabajar legalmente por haber sobrevivido a una masacre". Los rumanos –el colectivo más efectado por los atentados, 14 víctimas– metieron sus muertos en cajones, los subieron a aviones militares, firmaron un papel en el que reconocían que no estaban asegurados y que renunciaban a cualquier indemnización por accidente aéreo, y se los llevaron para enterrarlos lejos, en casa.

(Continuará...)

Si en una parte del mundo se nota que el siglo XXI comenzó es en Europa: una mapa siempre cambiante y próximo a asimilar a demasiados países nuevos con un estirón para el que está más o menos preparada, gobernada por muchas cabezas pensando diferente al mismo tiempo, y donde las sombras de la historia antigua se funden sin problemas con la más encandilante modernidad. Un continente que, con el triunfo de Zapatero, aspira a recuperar para sí la potencia continental de una "Vieja Europa" que no tenga que arrodillarse ante los cada vez más imperiales Estados Unidos. Una Europa que comienza a juguetear con la idea de crear una propia CIA: una agencia generadora de informaciones más precisas y confiables a la hora de predecir dónde se producirá el próximo golpe de efecto. La cosa no convence mucho quizá por temor a crear un monstruo incontrolable y poco fiable como su antepasado norteamericano. Se prefiere, en cambio, la idea de nombrar un comisario europeo que se ocupe de estas cuestiones, que reúna y ordene la información, que saque conclusiones y haga pronósticos. Abundan las posibilidades, calendario complicado: boda del Príncipe Felipe, Forum de la Cultura de Barcelona, Olimpíadas en Atenas y Eurocopa en Portugal. Mucha gente junta, muchos blancos móviles, mucha inseguridad. Muchas ganas de muchos de meter goles de esos que llegan el casi último minuto de juego.

Le pasó al Real Madrid la otra noche. Jugaban la Final de la Copa del Rey contra el humilde pero contundente Zaragoza y –seguros de su victoria, confiados en su equipo de "estrellas galácticas"– habían advertido que, dados los sucesos del 11-M, no festejarían la victoria. Lo cierto es que perdieron.

La vida, sí, te da sorpresas.

Se las dio a Aznar (un diputado de Málaga ya había propuesto la construcción de su estatua) y se las dio a Zapatero (quien en el artículo de la revista antes mencionada decía: "Créanme, soy completamente transparente. Esto es lo que hay").

Y la muerte también te da sorpresas: lo saben esas 201 personas que –inmunes al Efecto Z y a todas las otras intoxicaciones, descarrilados sus sueños para siempre– el pasado domingo no llegaron a votar a nadie y hoy no pueden preguntarse qué pasó, qué les pasó y por qué tuvo que pasarles, injustamente, justo a ellos.

AFP



Neruda frente al terror en Madrid

Por Ariel Dorfman *

¿Qué diría Pablo Neruda si estuviese vivo hoy, si tuviera que contemplar la muerte que ha caído sobre Madrid, la ciudad que tanto amó, la ciudad que se clavaba tan profundamente en su corazón?

Unos días atrás tuve ocasión de saberlo, de preguntárselo, cuando participé, junto a otros escritores y artistas, en un homenaje al gran vate chileno en el Kennedy Center de Washington D.C. para celebrar el centenario de su nacimiento. Preparando una de mis intervenciones en esa noche de gala, había decidido yo, hace ya varios meses, que era necesario leerle al público norteamericano aquel poema magistral, *Explico algunas cosas*, que Neruda escribió como respuesta al bombardeo de Madrid por las fuerzas de Franco durante la Guerra Civil española. Era una manera, pensé yo, de permitirle a Neruda denunciar la invasión de Irak, las bombas que han caído sobre los inocentes, la sangre de los niños que corre, hoy como ayer, simplemente como sangre de niños. Y sentí, también, que los versos de Neruda podían servir para aullar en contra de la destrucción de tantas otras ciudades y vidas. *Mirad mi casa muerta, mirad España rota* podía referirse también al Santiago de su Chile que Neruda recorrió de joven, que yo mismo vi bombardear el 11 de septiembre de 1973 mientras Pablo moría de cáncer y de tristeza en Isla Negra. Y también a Nueva York bajo el fuego, ese otro 11 de septiembre, el Nueva York que amó Neruda y García Lorca y tantos otros, envuelto en humo y dolor y luto. Siempre son unos, chacales que el chacal rechazaría, que lanzan la muerte y los otros, llenos de luz y latidos, los que mueren, simplemente mueren.

Ese era mi plan original: revelar, una vez más (¡como si hiciera falta!), cuán contemporáneo y presente es nuestro Neruda de cada día.

Pero, claro, cuando finalmente leí el poema en el Kennedy Center, entendí yo, y lo entendieron los quinientos norteamericanos que escuchaban en la capital de los Estados Unidos, que Neruda había decidido tomar mi boca, apropiarse de mi garganta, para susurrarnos algo aun más urgente. Los recientes atentados criminales de Madrid convertían sus palabras en responsorio: era Madrid la que ardía nuevamente, eran nuevamente los madrileños atacados por las víboras que las víboras odiarían, nuevamente eran los inocentes que pagaban por una guerra que ellos no habían deseado ni merecido. Era mi propio Madrid, donde una mañana todo estaba ardiendo/, y una mañana las hogueras/ salían de la tierra devorando seres/, era Madrid, y desde entonces fuego, pólvora desde entonces,/ y desde entonces sangre.

Así lo entendió el público allá, en el Kennedy Center. En cada conversación después de nuestro homenaje, una y otra vez, se me acercaban interlocutores para agradecerme a mí –¿para qué a mí, si era Neruda el que había escrito aquello, si era Neruda el que me había elegido desde más allá de la muerte para que repitiera sus versos desafiantes?– para agradecernos a nosotros y a los dioses de la poesía, esa manera de expresar y recordar a estas víctimas del terror que duplican con su muerte tantas muertes anteriores, tanto terror que sigue y sigue, Madrid hoy y ayer, Santiago ayer y Bagdad hoy, Nueva York y Sbrenica y Ruanda y Cambodia.

Pero no era solamente eso lo que Neruda nos estaba confirmando. Hay comentaristas norteamericanos –como los hay en España– que han declarado que el modo en que reaccionó el pueblo de ese país, castigando al gobierno de Aznar, ha sido una victoria del terrorismo, la manipulación de la democracia por los fanáticos que ahora pueden usar sus armas destructivas para amedrentar a los ciudadanos libres del mundo y chantajear el proceso electoral. Tal argumento no es solamente un insulto a la madurez y la valentía de los españoles, sino que es a la vez un insulto a la inteligencia. ¿Se atreven a decir eso acerca de un pueblo que ha sabido oponerse por millones a los criminales y asesinos de ETA? ¿Se atreven a sostener tal patraña acerca de hombres y mujeres cuyos padres y abuelos resistieron tres años el asalto de los fascistas españoles y el poderío de Hitler y Mussolini mientras el mundo los abandonaba a su suerte?

Escuchen bien a Neruda quienes crean que los españoles tienen miedo.

El profetiza en su poema que la sangre de España se levantará para ahogar a sus asesinos en una sola ola de orgullo y de cuchillos, él nos asegura que de cada casa muerta sale metal ardiendo.

No hay que confundirse. Porque un pueblo rechace y se oponga a una guerra innecesaria, mentirosa e injusta, no significa que ese mismo pueblo no esté dispuesto a defenderse, a devolver a Madrid otra vez a ese momento anterior a las bombas que también recordaba Neruda:

Yo vivía en un barrio
de Madrid, con campanas,
con relojes, con árboles.

Raúl, te acuerdas?
Te acuerdas, Rafael?
Federico, te acuerdas,
debajo de la tierra,
te acuerdas de mi casa con balcones en donde
la luz de junio ahogaba flores en tu boca?
Hermano, hermano!

Sí, en efecto. Con Neruda decimos, volvemos a decir a cien años de su nacimiento, volveremos a decir cuántas veces haga falta:

Hermano, hermano!

** Ariel Dorfman es escritor chileno, autor de* Rumbo al Sur, Deseando el Norte.